

VI. Preparacion para la fiesta de Pentecostes. — Vamos á concluir con una reflexion que puede servir de régimen á nuestra conducta. Un deseo ardiente de recibir el Espíritu Santo, y sobre todo el desapego de todo amor desordenado á las criaturas, son los dos medios esenciales de atraerle á nuestros corazones : ; á tal punto llegan los celos de aquel divino Espíritu! En verdad no podía darse amor sensible mas legítimo ni mas santo que el que los Apóstoles tenían á la presencia corporal de su divino Maestro; y sin embargo fué necesario desterrar en algun modo de su alma aquel amor, para que el Espíritu Santo se posesionase de ella y la llenase. *Si yo no me fuere, les decia el Salvador, no vendrá á vosotros el Consolador* <sup>1</sup>.

Si es cierto, pues, que el demasiado apego de los Apóstoles á la presencia sensible de la humanidad de Jesucristo fué un obstáculo para que descendiera á ellos el Espíritu Santo, ¿quién será el presuntuoso que espere recibir la visita del divino Consolador mientras sea esclavo de su cuerpo? El pensar que esta celestial dulzura pueda amalgamarse con el placer de los sentidos, que este divino bálsamo pueda combinarse con el veneno de las pasiones, que la luz del Espíritu Santo sea capaz de armonizar con las tinieblas del siglo, es un error muy grande. ¿Hay acaso alguna relacion entre la verdad y mentira, entre el fuego de la caridad y el hielo de las pasiones mundanas? No, no, cuanto mas carnal es el hombre, mas se aleja de él el espíritu de Dios. Por esto el Cristianismo se va alejando ahora de los hombres y de los pueblos. Los mundanos dicen: El Cristianismo está gastado. ¡Insensatos! vosotros sois los que estais gastados para el Cristianismo.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber enviado el Espíritu Santo á los Apóstoles, y por medio de ellos á toda la tierra; no permitais que contriste jamás en mí á este Espíritu consolador.

Me propongo amor á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me guardaré de resistir á las inspiraciones de la gracia.

<sup>1</sup> Joan. xvi, 7.

LECCION XLIV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Fiesta de la Trinidad. — Antigüedad y universalidad de esta fiesta. — Rehabilitacion de todas las cosas en nombre de la santísima Trinidad. — Objeto final del culto católico. — Institucion de la fiesta particular de la Trinidad. — Dogma de la santísima Trinidad y sus imágenes sensibles. — Influencia de este misterio. — Ejemplo de nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo, y para con nosotros mismos.

I. Fiesta general de la Trinidad. — Esta es la mas antigua de todas las fiestas religiosas, aunque, bajo algun respecto, es una de las mas modernas. Dios, al criar el mundo, se edificó un templo, y se dedicó una fiesta formando el tiempo, porque *todas las cosas las ha hecho el Señor por sí mismo* <sup>1</sup> (esto es, para su gloria). La criatura no puede dejar de pertenecer á su Criador, ni dejar de ser destinada á su gloria. Esto supuesto, siendo Dios trino el criador de todos los seres y de todos los tiempos, síguese de aquí que, en realidad, ninguna religion ha podido tener otro objeto que el culto del Criador. La consagracion del mundo y del tiempo á la gloria de la augusta Trinidad fué violada y profanada por el Paganismo. Jesucristo, restaurador universal, vino á la tierra para reparar los estragos del pecado y restituir todas las cosas á su primitiva institucion, siendo las criaturas y el tiempo consagrados nuevamente por él á la gloria de la augusta Trinidad.

1º. Las criaturas inteligentes. En efecto, el Verbo hecho carne ordenó que todas las naciones fuesen regeneradas en nombre de la Trinidad: *Id, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo* <sup>2</sup>. Desde entonces la Iglesia católica no ha dejado nunca de bautizar en nombre de las tres divinas personas. Y ¡cuántas veces, desde que nacemos hasta que morimos, no hace en nosotros la señal de la santísima Trinidad! En nombre de la adorable Trinidad somos regenerados con las aguas del Bautismo; en nombre de la augusta Trinidad somos fortificados por la gracia de la Confirmacion; en nombre de la santísima Trinidad se nos perdonan los pecados en el sacramento de la Penitencia; en nombre de la venerable Trinidad recibimos el cuerpo y la sangre

<sup>1</sup> Prov. xvi, 4.

<sup>2</sup> Matth. xxviii, 19.

del Salvador; finalmente, en nombre de la augusta Trinidad se fortifica el enfermo con el óleo santo, se consagra al sacerdote y se une á los esposos. Bajo la invocacion de las tres personas de la adorable Trinidad recibimos la bendicion de los sacerdotes y pontífices y comenzamos los santos oficios. La Iglesia, al dirigir las preces al Todopoderoso, invoca siempre la santísima Trinidad, y termina siempre sus cánticos, ya sean alegres ó fúnebres, glorificando al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Esto en cuanto á las criaturas dotadas de razon.

2º. Las criaturas irracionales. En nombre de la Trinidad son tambien santificadas todas las criaturas irracionales. Efectivamente, á cualquier punto del orbe católico que volvamos los ojos, vemos que por medio de la señal de la cruz se consagra el agua, el fuego, el aire, la tierra, la sal, la piedra, la madera, el hierro, la ropa, en una palabra, todo lo que la Iglesia quiere segregar de la masa comun. La señal de la cruz restituye todas estas cosas á su santidad primitiva, y las separa de las malignas influencias del demonio, imprimiéndoles nuevamente el carácter de su origen, el sello de la augusta Trinidad. ¡ Ah! qué de profundos misterios se encierran en la señal de la cruz, cuyo frecuente uso la Iglesia católica únicamente ha conservado! En ella se comprende toda la historia del mundo, su creacion en estado de santidad, y su rehabilitacion por Jesucristo y la santísima Trinidad. Esto en cuanto á las criaturas privadas de razon.

3º. El tiempo. Por medio del Bautismo los hombres son sus hijos, su cuerpo el templo, su espíritu el sacerdote de la Trinidad, y toda su vida la fiesta; y como la sucesion de todas las existencias individuales que forman la vida del linaje humano compone la duracion del tiempo, este se halla ya bajo un sentido consagrado á la gloria de la santísima Trinidad por medio del bautismo del hombre, porque todos nuestros pensamientos, palabras y acciones han de tener relacion con la gloria de las tres augustas personas y formar un himno continuo en su alabanza. Le pertenece bajo un sentido mas directo aun, por cuanto la Iglesia católica consagra todos los instantes de la duracion á la santísima Trinidad, á la cual no hay dia en el año ni hora en el dia en que no le rinda homenaje en todas sus oraciones, y hasta ha prescrito una fórmula de homenaje llamada *Doxologia* para honrar en todos los instantes y celebrar distintamente las adorables personas del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo: sagrada fórmula con que termina todos sus salmos, responsorios ó himnos.

¿Qué diremos de sus fiestas? Advertid con qué esplendor demuestran nuestras solemnidades, cuya sucesion compone la duracion del tiempo, la verdad sublime de que la santísima Trinidad es el fin de

todo el culto católico. ¿Puede existir objeto mas noble? Así como las fiestas de los Santos y de la augusta María se refieren á Jesucristo, de quien son miembros todos los bienaventurados, y los honramos con relacion á Jesucristo; del mismo modo adoramos por relacion á la divina Trinidad al mismo Jesucristo, que está esencialmente unido ó mas bien es uno en sustancia con el Padre y el Espíritu Santo; por lo cual las personas divinas son unas de otras inseparables, hasta en nuestras devociones y en nuestro culto <sup>1</sup>.

Aclararémos esta sublime doctrina con algunos ejemplos. Si honramos á Jesucristo encarnándose en el seno de María, vemos en seguida al Padre y al Espíritu Santo cooperando á la realizacion de este misterio; si honramos á Jesucristo en su pasion, vemos al momento al Padre que le entrega á la muerte, y al Espíritu Santo que, como un fuego divino, consume esta víctima inocente <sup>2</sup>; si honramos á Jesucristo en su resurreccion, vemos al Padre que le resucita y al Espíritu Santo que le hace entrar en una nueva vida <sup>3</sup>; si honramos á Jesucristo subiendo al cielo, vemos al Padre en la gloria del cual reposa, y al Espíritu Santo á quien envia; finalmente, si honramos á Jesucristo encerrándose y haciéndose adorar en la Eucaristía, solo vemos en él una víctima que no puede honrarse mas que uniéndose á ella é inmolándose con ella al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

¿Qué mas necesitamos para convencernos de que no hay fiesta en la religion cristiana, que no lo sea verdaderamente de la Trinidad, pues que todas las demás no son sino medios para hacerla, y escalones para elevarnos á ella como el verdadero y unico término de nuestro culto?

II. Fiesta particular de la Trinidad. — Así pues, cuando se trató de establecer una fiesta particular de la santísima Trinidad para satisfacer los deseos de los que la pedian, grandes doctores y grandes santos se opusieron diciendo que siendo todas las fiestas del año partes de la general y perpetua de la Trinidad, era superfluo instituir una particular y sujeta á la revolucion anual de las otras. ¿No es de temer, añadian, que una fiesta particular acarree el olvido de la general y perpetua que debe ocupar incesantemente el alma y el corazon de los Cristianos? ¿No es querer limitar lo que no ha de tener límites, y reducir al mismo Dios á la condicion de los Santos, es decir, de sus propias criaturas, estableciéndole una fiesta aparte? ¿No es igno-

<sup>1</sup> Tomasino, *Fiestas*, lib. II, c. 13.

<sup>2</sup> Proprio Filio suo non pepercit: per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit immaculatum Deo. (*Hebr.* ix, 14.)

<sup>3</sup> Quem suscitavit à mortuis, qui prædestinatus est Filius Dei in virtute sua secundum Spiritum sanctificationis ex resurrectione mortuorum Jesu Christi. (*Rom.* i, 4.)

rar que no hay fiestas, empleos ni altares que no pertenezcan únicamente á la santísima Trinidad?

Por todos estos motivos, y obrando con la consumada prudencia que la distingue; la Iglesia romana tardó mucho tiempo en admitir la fiesta particular de la santísima Trinidad. El papa Alejandro II, que subió á la Santa Sede en 1061, escribía : « La fiesta de la Trinidad se observa de distinto modo en diferentes iglesias; pero la Iglesia romana no tiene fiesta particular de la Trinidad, porque la honra todos los días y á todas las horas del día, pues todos sus oficios contienen alabanzas y terminan glorificando á la Trinidad <sup>1</sup>. »

Sin embargo, como la Iglesia de la ciudad eterna, madre y soberana de todas las demás, no condenaba la fiesta particular de la Trinidad, las iglesias sus hijas que la habían adoptado continuaron celebrándola. Se cree que fué establecida en el siglo ix por algunos obispos que solo la propusieron en un principio para dar nuevo pasto á la devoción de sus fieles; con esta idea Estéban, obispo de Lieja, mandó componer un oficio por los años de 920 : algunas iglesias cercanas lo admitieron, y la fiesta de la Trinidad se extendió de pueblo en pueblo, aunque el abad Ruperto, que vivía á principios del siglo xii, habla de ella como de una fiesta adoptada en su época, y dedica un libro entero á explicar su misterio <sup>2</sup>. Su celebración, que se había dejado hasta entonces á la devoción de las iglesias particulares, se fijó en el domingo de la octava de Pentecostes, lo cual se verificó con corta diferencia en el siglo xiii <sup>3</sup>.

Se eligió sin oposición este domingo por dos razones : la primera, porque estaba vacante, es decir, que no tenía oficio. En efecto, la ordenación que se verificaba el sábado anterior no principiaba hasta después de Vísperas y duraba hasta muy entrada la noche, especialmente cuando había muchos ordenandos. Con frecuencia se prolongaba la ordenación hasta el amanecer, para que pareciera que se celebraba el mismo domingo, y este día pudiera tener en cierto modo oficio que impidiera el que quedara vacante <sup>4</sup>. Pero como las personas piadosas pedían un sacrificio para este día, se colocó en él el oficio y la fiesta de la santísima Trinidad. La segunda razón por la cual se puso en uno de los días de la octava de Pentecostes, fué para recordar á los

<sup>1</sup> Præterea festivitas sanctissimæ Trinitatis secundum consuetudines diversarum regionum à quibusdam consuevit in octavis Pentecostes, ab aliis in dominica prima ante Adventum Domini celebrari. Ecclesia siquidem Romana in usu non habet, quod in aliquo tempore hujusmodi celebret specialiter festivitatem, cum singulis diebus gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto, et cætera similia dicantur ad laudem pertinentia Trinitatis. (*Decretal. Quoniam, tit. de Feriis.*)

<sup>2</sup> Lib. II *Div. offic.*

<sup>3</sup> Durand. *Rational.* lib. VI, c. 86.

<sup>4</sup> Mabil. *Mus. ital.* t. II, pág. 108.

fieles que la Trinidad es el fin y consumación de todas las fiestas y misterios de Nuestro Señor <sup>1</sup>.

Finalmente, la Iglesia romana se decidió también á adoptarla en el siglo xiv y bajo el pontificado de Juan XXII, viendo que la fiesta particular de la santísima Trinidad no perjudicaba en nada á la fiesta general y perpetua de las tres personas adorables. Aquel Papa la fijó irrevocablemente en el domingo después de Pentecostes, y mandó sustituir con su oficio el de la octava, que se terminó desde entonces el sábado de las cuatro Témperas á la hora de Nona. La Iglesia no señala á la fiesta particular de la santísima Trinidad mas que una categoría secundaria entre las fiestas del año, con objeto indudablemente de no perjudicar á la fiesta general, y demostrar que no podemos celebrar dignamente un misterio tan augusto; misterio tan superior á cuanto podemos imaginar, que en el capítulo general del Cister en el año 1230 se prohibió predicar sobre él á causa de la dificultad del asunto, aunque se mandó al mismo tiempo que la fiesta de la Trinidad fuese general en todas sus casas <sup>2</sup>.

III. Influencia del misterio de la santísima Trinidad. — Sin embargo, aunque juzgueis incomprensible el misterio de la santísima Trinidad, no por eso deja de ser incontestable y utilísimo para la norma de nuestras costumbres. Semejante al sol que nuestros ojos no pueden mirar, pero cuya luz nos deslumbra y su existencia es visible, el dogma de la santísima Trinidad nos presenta por do quiera testimonios evidentes de su existencia. Sin hablar de la mención que con tanta frecuencia se hace de ella en la Escritura, ni de las numerosas figuras bajo las cuales la hace entrever Dios á los antiguos <sup>3</sup>, vemos en torno nuestro y llevamos en nosotros mismos imágenes de este misterio. El sol, por ejemplo, os ofrece la luz, los rayos y el calor; tres cosas distintas que sin embargo son de la misma sustancia, y tan antiguas como el sol. El hombre, criado á imagen de Dios, lleva también grabada en sí mismo la imagen de la santísima Trinidad; nuestra alma posee tres facultades distintas : la memoria, el entendimiento y la voluntad, y estas tres facultades pertenecen sin embargo á la misma sustancia y tuvieron el mismo principio que ella <sup>4</sup>.

Hemos dicho también que el misterio de la santísima Trinidad es utilísimo para el arreglo ó norma de nuestra vida. Comprended, ó hombres, cuánto os ennoblece este dogma. Criados á imagen de la santísima Trinidad, habeis de formaros bajo su modelo, lo cual es un

<sup>1</sup> Tomasino, lib. II, c. 18.

<sup>2</sup> Sermonem in capitulo propter materiæ difficultatem fieri non oportet.

<sup>3</sup> Genes. I, 26; III, 22; XI, 7; XIX, 24; Psalm. II, 11; CIX, 1; Hebr. XV, y Mr. Drach, *Armonía de la Iglesia y de la Sinagoga*, t. I.

<sup>4</sup> Véase sobre las imágenes de la santísima Trinidad entre las criaturas, el magnífico Tratado de san Agustín, *De Trinitate*.

deber sagrado para vosotros. Si, adorais una Trinidad cuyo carácter esencial es la santidad, y no hay santidad tan eminente á la que no podais llegar por medio de la gracia del Espíritu santificante, amor sustancial del Padre y del Hijo; y para adorar dignamente la augusta Trinidad, debeis ser por consiguiente santos como ella en cuanto es posible á débiles humanos.

Dios es santo en sí mismo, es decir, que no hay en él pecado ni sombra de pecado; sed, pues, santos en vosotros mismos. Dios es santo en sus criaturas, es decir, que imprime á todas el sello de su santidad, y no permite en ninguna el mal ó el pecado, pues lo persigue con celo incesante, sucesivamente suave ó severo, pero siempre paternal; sed tambien vosotros santos en vuestras obras y en los demás, ya evitando escandalizarlos nunca, ya esforzándoos en preservarlos ó librarlos del pecado. « Sed santos, nos dice el Señor, porque soy santo <sup>1</sup>. » Y en otro paraje: « Sed perfectos como vuestro Padre celestial: haced bien á todos, así como él que envia el sol para los buenos lo mismo que para los malos, y hace que llueva sobre el campo del justo lo mismo que sobre el del pecador <sup>2</sup>. »

La augusta Trinidad, además de ser modelo de santidad, es decir, de nuestros deberes para con Dios, lo es tambien de nuestra caridad, es decir, de nuestros deberes para con nuestros hermanos. Debemos amarnos unos á otros como se aman las tres divinas personas, así nos lo manda el mismo Jesucristo; y esta admirable union fué el objeto de las postreras súplicas que dirigió á su Padre cuando instituyó la santa Eucaristía: pide que seamos *uno* entre nosotros como él es *uno* con su Padre, y desea que en esta union santa, fruto de la gracia, reconozcamos que su Padre le ha enviado á la tierra, y distingamos á los que están con él. « Que tambien sean ellos, dice, una cosa en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Se conocerá que sois mis discípulos, si os amais los unos á los otros <sup>3</sup>. » « ¿Qué exigís de nosotros, divino Maestro, exclama san Agustin, sino que este- mos perfectamente unidos de corazon y voluntad? Quereis que lleguemos á ser por medio de la gracia y por imitacion lo que son las tres personas divinas por necesidad de su ser, y que así como todo es comun entre ellas, la caridad del Cristianismo nos despoje de todo interés personal. » ¿Quién podrá explicar la eficacia omnipotente del misterio de la santísima Trinidad? Por ella se vieron vivir en medio de la sociedad pagana, sociedad de odio y egoismo, á los primeros cristianos, fieles discípulos de las tres augustas personas, y no formar mas que un corazon y un alma, y se oyó á los gentiles

<sup>1</sup> Levit. xi, 44.

<sup>2</sup> Matth. v, 48.

<sup>3</sup> Joan. xvii, 21, 23.

exclamar asombrados: « Ved á los cristianos cómo se aman y cuán » prontos están á morir los unos por los otros! » Si circulan aun por nuestras venas algunas gotas de sangre cristiana, imitemos á nuestros padres, estemos unidos por medio de la caridad, y abriguemos todos los mismos sentimientos, así como tenemos una misma fe, un mismo Bautismo y un mismo Padre <sup>4</sup>. Sean comunes por la caridad nuestros corazones y nuestros bienes, pues así se perfeccionará en la tierra el santo consorcio que tenemos con Dios, y en Dios con nuestros hermanos, hasta que alcance su consumacion en el cielo.

Hallamos tambien en la santísima Trinidad el modelo de nuestros deberes para con nosotros mismos, los cuales tienen por objeto restablecer en nosotros el orden trastornado por el pecado, sometiendo la carne al alma y el alma á Dios, ó en otros términos, haciendo que reviva en nosotros la armonía y la santidad que caracterizan las tres augustas personas, y todos debemos decir: Soy imágen de un Dios tres veces santo; ¿puede haber cosa mas noble que yo? ¿cómo debo respetarme á mí mismo! ¿cómo he de temer el degradar en mí ó en los demás esta augusta imágen! ¿cuál no ha de ser mi ahinco en repararla y perfeccionarla de cada vez mas! Sí, estas solas palabras: Soy la imágen de Dios, han inspirado mas virtudes é impedido mas bajas acciones que todas las hermosas máximas de los filósofos.

Sirva de ejemplo Francisco Javier. Nada hay tan célebre como las palabras que repetía á cada momento: *O sanctissima Trinitas!* ¡Oh santísima Trinidad! Durante mas de diez años los ecos de Oriente repitieron estas palabras misteriosas, que eran como el grito de guerra del san Pablo de los siglos modernos. Francisco Javier considera la imágen augusta de la santísima Trinidad desfigurada en tantos millones de hombres, para excitarse á la gigantesca lucha que habia trabado contra el Paganismo indio, y su boca repetía esta exclamacion: *O sanctissima Trinitas!* Encendiase entonces en entusiasmo divino, se agitaba su pecho, brotaban lágrimas de sus ojos radiantes, y se lanzaba con la rapidez del relámpago hácia mundos desconocidos, derrocaba los ídolos, sembraba los prodigios, vertía sobre millares de frentes el agua regeneradora, restableciendo la imágen desfigurada de la santísima Trinidad; y ni la muerte, el hambre, la sed, los hombres ni el infierno podian contenerle ni entibiar su celo en reparar la imágen alterada de las tres augustas personas. *O sanctissima Trinitas!*

¿Qué dirémos de los sentimientos de gratitud que despierta en su corazon la contemplacion de este gran misterio: el Padre que nos ha criado, el Hijo que nos ha rescatado, y el Espíritu Santo que nos ha santificado? ¿Conoceis alguna cosa mas propia para elevar nuestros afectos, purificarlos y dar dignidad á nuestra conducta? Naciones mo-

<sup>4</sup> Ephes. iv, 5.

dernas, al misterio de la augusta Trinidad debeis el no humillaros ya á los piés de los ídolos; ¿y os atreveréis, pues, á decir que no le debeis nada?

IV. Medios de celebrar bien la fiesta de la Trinidad. — Honremos nosotros los cristianos la santísima Trinidad con todos los homenajes de que somos capaces, y recitemos con frecuencia la hermosa oracion: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y en los siglos de los siglos. Así sea*<sup>1</sup>. La Iglesia ha autorizado y enriquecido con grandes indulgencias, á saber, la indulgencia plenaria dos domingos cada mes, la devocion de reunirse tres personas y decir juntas ó separadamente todos los dias por la mañana, al medio-día y á la tarde siete *Gloria Patri*, seguidos de una sola *Ave Maria*<sup>2</sup>, cuya devocion es un medio excelente de reparar las blasfemias de los impíos. Celebremos con júbilo la fiesta particular que la Iglesia ha consagrado á las tres adorables personas, recordando sin embargo que toda nuestra vida ha de ser una fiesta continua en honra suya; adoremos en el silencio de la humillacion este incomprensible misterio; imitemos con nuestra caridad y santidad á las tres personas divinas, sintiendo la mas profunda gratitud por los bienes de que le somos deudores; renovemos en este dia las promesas de nuestro Bautismo, y excitémonos á tener celo por nuestra perfeccion y la santificacion del prójimo. De este modo aplicaremos con exactitud el espíritu de la Iglesia, cumpliremos el deber de la criatura hácia el Criador, nos conservaremos, y perfeccionaremos en nosotros la imágen augusta de la santísima Trinidad.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos revelado el misterio de la santísima Trinidad inspirándonos una profunda gratitud hácia el Padre que nos ha criado, hácia el Hijo que nos ha rescatado, y hácia el Espíritu Santo que nos ha santificado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me preguntaré con frecuencia: ¿De quién soy imágen?

<sup>1</sup> Esta oracion es de tradicion apostólica. (Bened. XIV, pág. 358, n. 6.)

<sup>2</sup> *Raccolta d'indulg.*, pág. 5. Roma, 1841.

LECCION XLV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Festividad del Corpus. — Antigüedad y universalidad de esta fiesta. — Lugar que ocupa en el culto católico. — Institucion de la fiesta particular del santísimo Sacramento. — Beata Juliana. — Milagro de Bolsena. — Objeto de esta fiesta. — Oficio de este dia. — Procesion. — Disposicion con que es preciso asistir á ella. — Milagro de Faverney.

I. Excelencia de la festividad del Corpus. — Puede decirse que la fiesta del santísimo Sacramento, lo mismo que la de la Trinidad, es tan antigua como el mundo: los Patriarcas la celebraron ofreciendo sus sacrificios simbólicos de la gran Víctima, y todos los pueblos renovaban tambien su memoria en sus ensangrentadas aras, porque el género humano recibió la idea del sacrificio de la idea revelada primitivamente de una víctima sin mancha capaz de expiar los crímenes. ¿Sabriais decirme sino cómo podia haber ocurrido al hombre el pensamiento de que la sangre de un animal podia apaciguar la ira de Dios? Así pues, todos los sacrificios antiguos eran simbólicos del gran sacrificio del Calvario, y poco importa que el Paganismo alterase la nocion de este profundo misterio, pues no por esto es el hecho menos cierto<sup>1</sup>.

Pero la festividad de la Eucaristía es continua en la tierra, desde la publicacion del Evangelio especialmente: los Apóstoles, fieles al mandato que les diera su divino Maestro de que renovasen el sacrificio misterioso de la cena y lo celebrasen en memoria suya, hicieron que la fiesta de la Eucaristía fuera tan antigua y universal como la Iglesia; y desde aquella época no ha dejado de verterse un solo instante la divina sangre en todos los ámbitos de la tierra.

Advertid ahora la admirable armonía que reina entre las dos fiestas de la Eucaristía y la Trinidad. La adorable Trinidad es el objeto esencial y primitivo de toda la Religion y de todas las fiestas, y la augusta Eucaristía es el sacrificio perpetuo y el culto mas santo que se rinde á la Trinidad en todas las fiestas, ó hablando en otros términos, todo el año es la fiesta de la Trinidad que se adora, y de la Eucaristía por la cual se la adora principalmente.

¿Cómo hemos de asombrarnos, pues, de que se haya tardado tanto

<sup>1</sup> Véase Mr. de Maistre, *Ilustrac. sobre los sacrificios*.